

## EL HOSTAL LOS ARCES

El pueblo se llamaba Quintana y Álida se quedó sin prisa por volver a la ciudad, a la peluquería que había dejado en manos de Anita y Rosa. Les dijo que había encontrado a unas primas lejanas de su madre, Asun y Adela dueñas del “Hostal los Arces” y que se quedaría un tiempo. Eso fue lo que les dijo a la mañana siguiente de su llegada desde el móvil, sentada en la cocina, la misma cocina de la noche anterior en la que se quedaron hablando las tres. Después salió ligera a ver, a pisar aquellos caminos por los que anduvo su madre. Primero fue al cementerio a ver a los Alonsos que allí había y tomó nota en la libreta roja que estrenaba ese día. Se sentó sobre la tumba de Adelaida Alonso y se quedó un rato. Oyó el ruido de la cancela, pero siguió sin volver la cabeza. Luego sintió sus pisadas en la gravilla y no quiso hacer ningún gesto. El hombre pasó delante de ella y dijo: “Buenos días” que ella contestó con un “Hola”. Era un hombre joven con una mirada que Álida reconoció: él también andaba buscando algo. Luego supo que sólo había entrado al cementerio porque la vio sentada sobre una tumba. Diego no buscaba a nadie allí. Sabía que a su abuelo lo tiraron a una fosa junto con otros quince a los que fueron a buscar en la noche y ellos sabiendo que no volverían dejaron la casa con todo dentro. Había venido a Quintana a abrir la fosa. Unos decían de cavar aquí, otros que más allá. Él no tenía prisa de volver. Se quedó en “Los Arces” y aquellos cuatro sentados en la mesa de esa gran cocina vistos desde la pradera o mirados a través del cristal del ventanal era una familia de esas que se forman casi sin proponérselo, de esas que no tienen pasado en común, quizás tampoco un futuro, pero alimentan un presente tanto que esa misma noche Álida se escurrió bajo las sábanas de la habitación abuhardillada que ella no quiso ocupar.